

EL FANTASMA DE OFUMI

ofumi no tamashii

I

Mi tío nació a finales de la Era Edo¹ y era un experto en gran cantidad de historias estrambóticas y truculentas que circulaban en su tiempo, como aquellas sobre mansiones encantadas con habitaciones en las que nadie osaba entrar; o de los espíritus de mujeres desengañadas que se manifestaban de repente en otro lugar², para atormentar al amante que las había traicionado; o de fantasmas que eran incapaces de desligarse de vínculos que aún les ataban a su vida anterior... Sin embargo, él siempre negaba enérgicamente que dichas historias tuvieran ningún viso de realidad, repitiendo una y otra

1 Este período abarca desde 1603 hasta 1868. Fue en esta época cuando el gobierno del shōgun Tokugawa fijó la residencia en Edo (Tokio en la actualidad).

2 El autor se refiere aquí a *ikiriyō* que, al contrario de los fantasmas de personas fallecidas, era el espíritu de alguien vivo (especialmente una mujer) que abandonaba temporalmente su cuerpo y se manifestaba en otro lugar para atormentar al causante de su desdicha.

vez la máxima aprendida durante su educación castrense de que *un verdadero samurai no debe de creer en los fantasmas*. Incluso después de la Restauración Meiji, seguía manteniendo esa actitud. Cada vez que nosotros, los niños, sacábamos inevitablemente el tema de los espíritus, mi tío mostraba sentirse incómodo y evitaba participar en la conversación.

Solamente en una ocasión, mi tío hizo este comentario: “En este mundo hay cosas que escapan verdaderamente a toda explicación. Como en el caso de Ofumi, por ejemplo...”.

Nadie tenía idea acerca de lo que mi tío quería decir con eso. Quizás se negaba a divulgar nada más sobre los acontecimientos que *estaban fuera de toda explicación* evitando también dejar escapar algo que pudiera poner de manifiesto, precisamente, lo contrario de lo que siempre preconizaba. Pedí aclaración a mi padre, pero tampoco quiso explicarme nada. Intuía por los comentarios de mi tío que detrás de esta historia había algo sospechoso en lo que estaba implicado otra persona, el tío K. Como mi curiosidad infantil iba en aumento, me atreví a hacer una visita a este último. En aquella época, yo tenía doce años. K. no era exactamente mi tío, pero mi padre lo conocía desde antes de la Era Meiji y yo siempre le había dado ese tratamiento¹.

Las respuestas de K., no obstante, tampoco colmaron mi curiosidad:

¹ En el Japón antiguo e incluso ahora, en muchas situaciones, en vez de llamar a una persona de mayor edad por el tratamiento de Sr. o Sra. X, es habitual nombrarlo por el apelativo de “tío X” o “tía X”, a pesar de que no existan lazos de parentesco con esa persona.

“Bah, no es nada importante: un simple cuento de fantasmas. Pero si te lo contase, tu padre y tu tío se enfadarían mucho conmigo”.

Mis pesquisas quedaron bloqueadas ante la decisión del siempre locuaz tío K. de mantener la boca cerrada, acerca del tema en cuestión.

Yo estaba demasiado ocupado en la escuela intentando meterme en la cabeza temas de matemáticas, física y un sinfín de asignaturas, como para pensar en Ofumi por lo que, poco a poco, su nombre fue borrándose de mi mente, como una voluta de humo.

Pasaron dos años. Si mal no recuerdo, estábamos a finales de noviembre. A mi regreso desde la escuela ese día, había empezado a caer una fría llovizna y hacia el atardecer se convirtió en un verdadero aguacero. Una vecina había invitado a la tía K. a asistir con ella al teatro Shintomiza, por lo que se había ausentado desde última hora de la mañana¹.

“Estaré en casa. Ven a verme mañana por la noche”, me había dicho el día antes el tío K. Como le había prometido ir, me dirigí hacia allí en cuanto terminé la cena². La vivienda del tío K. se encontraba solo a unas cuatro manzanas en línea recta de la nuestra, pero estaba situada en la barriada de Banchô, una zona antigua de la ciudad aún ocupada por las mansiones de los samurais, como si fueran los últimos vestigios de la Era Edo. Incluso en los días claros, este barrio parecía estar siempre inmerso en

1 En este teatro, se representaron muchas de las obras de kabuki escritas por Okamoto Kido, el creador de Hanshichi. El Kabuki y el Noh suelen empezar alrededor de las once de la mañana, y como son obras largas terminan a primera hora de la tarde.

2 La hora normal de cenar es alrededor de las seis de la tarde, por lo que el narrador hace esa visita algo después de esa hora.

las sombras. Ahora, bajo la lluvia y rodeado de aquella oscuridad que iba en aumento, el lugar tenía un aspecto particularmente melancólico. La casa del tío K. se encontraba en el antiguo predio de un daimyô, y la vivienda que el tío ocupaba debía haber sido en tiempos la mansión de un samurai o de un funcionario de alto rango. Es decir, que se trataba de una construcción singular, con un pequeño jardín y rodeada por una valla ensamblada toscamente con varias hileras de cañas de bambú.

Después de haber terminado su trabajo en el ayuntamiento, el tío K. regresó a su casa, cenó y fue a la casa de baños cercana. Después, se sentó conmigo delante de la lámpara y durante una hora estuvimos charlando sobre cosas triviales. De vez en cuando, el rumor de las gotas de lluvia al caer sobre las grandes hojas del árbol de angélica del jardín, que acariciaban las contraventanas, hacía pensar en la oscuridad que reinaba fuera. Cuando el reloj que había en la viga dio las siete, el tío paró de pronto la conversación y prestó atención al rumor de la lluvia.

“Parece que se ha puesto a llover de lo lindo”.

“Pues la pobre tía se verá en problemas en su regreso”.

“Nada de eso: envié una calesa para que la fuera a buscar”.

Diciendo esto, el tío guardó silencio de nuevo y bebió unos sorbos de té, pero se había puesto un poco serio.

“Por cierto, ¿qué te parece si te cuento esta noche aquella historia sobre Ofumi, por la que me preguntaste? Parece que esta es la ocasión más adecuada para un relato de fantasmas. Pero eres muy miedoso, y no sé si...”.

La verdad es que yo lo era. A pesar de ello, ante los relatos de fantasmas yo siempre ponía los oídos y los ojos atentos, tensando mi pequeño cuerpo, y me gustaba escu-

charlos. Por eso, en cuanto oí que el tío K. mencionaba la historia de Ofumi que me tenía perplejo desde hacía varios años, me brillaron los ojos. Bajo la luminosidad de la lámpara, sentí que yo podía escuchar cualquier historia por aterradora que fuese. Elevé los hombros con toda intención y al mirar fijamente a la cara de mi tío, intentando mostrar bravura, este pareció un poco divertido cuando advirtió mi actitud infantil de falsa entereza, por lo que permaneció en silencio unos instantes y luego sonrió con ironía.

“Está bien, te lo voy a contar, pero si luego te vas a sentir demasiado aterrado y sin ánimo de regresar a tu casa, no me pidas quedarte a dormir”.

Después de lanzarme esta advertencia, el tío K. empezó a contarme el caso de Ofumi.

“En aquel tiempo yo tenía exactamente veinte años, por lo que era el primer año de Gensei¹ cuando se produjo la *Reuelta de la Puerta Hamaguri*, en Kioto², dijo a modo de preámbulo.

En aquel tiempo, había en la barriada de Banchô un funcionario llamado Matsumura Hikotarô, con el cargo de

1 Se refiere al primer año después del advenimiento al trono del nuevo emperador, Kômei (Kômei Tennô: 1831-1866, período entre el 20 de febrero del año 1864, al 7 de abril de 1865), y que corresponde a la última etapa de la Era Edo.

2 El 20 de agosto del año 1864 se produjo una revuelta en la Puerta Hamaguri del palacio imperial en Kioto, entre las fuerzas que rechazaban la presencia de extranjeros en Japón, pidiendo que el emperador asumiera un papel más activo en la política, y las tropas del shôgun, favorable este a la apertura de Japón al extranjero y a pactar con las potencias extranjera tratados de mutuo comercio. El ejército del shôgun se alzó con la victoria.

*hatamoto*¹. Disponía de unos ingresos de unos 300 *koku*² y una formidable mansión en las cercanías. Matsumura tenía una envidiable educación, se había especializado en Estudios Extranjeros y trabajaba como responsable de relaciones internacionales disfrutando de un buen puesto. Su hermana menor, Omichi, se había casado cuatro años antes con otro *hatamoto* llamado Obata Iori, quien residía en la zona oeste del distrito Edogawa, barriada de Koishikawa, en la margen izquierda del río Edo. La pareja había tenido una hija llamada Oharu, que ese año cumpliría tres de edad.

Pero resulta que, un día, Omichi se presentó en casa de su hermano llevando a su hija, y le espetó, de repente: “Ya no puedo permanecer más en la mansión de Obata, por lo que os ruego que me permitáis cancelar mi matrimonio”, provocándole un gran sobresalto y, aunque intentó conocer las razones para esa decisión, Oharu solo mostraba su semblante, pálido como un papel, sin decir nada.

“No puedes quedarte ahí, tan tranquila, sin explicar nada. Cuéntame exactamente lo que ocurre. Cuando una mujer se casa y pertenece ya a otra familia no puede, de pronto, cortar ese vínculo sin una razón importante dejándolo todo; ni se le puede permitir que lo haga.

1 *Hatamoto* (literalmente, abanderado): funcionario de alto rango del shōgun, con ingresos superiores a una producción anual de arroz a partir de los 200 *koku*. Solo los *hatamoto* tenían derecho a audiencia directa con el shōgun y asistencia permitida a determinadas celebraciones en el castillo de Edo.

2 *Koku* es una medida de volumen o de capacidad, utilizada por lo general para el arroz, pero también para productos secos e, incluso, para líquidos. En la Era Edo, 1 *koku* de arroz equivalía a 0,8 metros cúbicos, es decir: 189,39 litros, que era la cantidad considerada suficiente para alimentar a una persona durante un año. En aquella época se medía en *koku*, tanto la riqueza de los señores feudales como las adjudicaciones de tierras a los samurais. Esta misma unidad servía de índice de productividad de un territorio, y para el pago de impuestos.

¿Cómo te atreves a venir pidiendo que te ayude a divorciarte, sin explicarme los motivos? Si puedes persuadirme de que tienes un fundamento, yo intentaré negociar tu situación. ¡Habla de una vez!”.

Así las cosas, ni a Matsumura ni a nadie le era posible hacer algo más, pero Omichi rehusó tercamente aclarar sus motivos: no podía pasar ni un día más en esa mansión y que la permitiese divorciarse. Esta esposa de samurai, a punto de cumplir los veintiún años, repetía su intención, una y otra vez, como si fuera una niña consentida, hasta que incluso su condescendiente hermano acabó por perder la paciencia.

“¡Reflexiona un poco, tonta! ¿Acaso crees tú que puedes romper tu matrimonio sin explicar las razones? ¿Crees que tu cónyuge va a escucharnos? No es que te hayas casado ni hoy ni ayer: hace ya cuatro años y tienes incluso a la pequeña Oharu. No tienes ni suegra ni cuñadas que te causen problemas; tu esposo es un varón honrado y afable y, a pesar de su bajo cargo, cumple correctamente con sus obligaciones. ¿Cuáles son tus quejas para querer disolver tu matrimonio?”.

Por más que intentaba razonar o la amonestaba, ella nada respondía, por lo que Matsumura comenzó a pensar algo que, por muy inverosímil que le pareciera, no es que no pudiera suceder en este mundo: en la residencia de Obata había varios samurais jóvenes, y en las mansiones adyacentes había varios que, al ser los segundos o terceros hijos varones, llevaban una vida disoluta y volcada a las diversiones. ¿No sería que su hermana, que era tan joven, se hubiera visto mezclada en alguna situación comprometida y estuviese intentando ahora escapar de ella, para preservar su honor? A medida que esta idea se

iba abriendo paso en su mente, su interrogatorio se hizo más y más severo.

“Si definitivamente te niegas a hablar, ya he decidido lo que voy a hacer. Voy a llevarte ahora mismo a casa de Obata y te voy a obligar a que le cuentes todo eso, mirándole a la cara. ¡Vamos!”. Y agarrándola del cuello, la puso en pie.

El semblante de su hermano se mostraba tan colérico, que Omichi pareció desmoronarse totalmente, y sollozando, se disculpó diciendo: “Te lo contaré”. Pero lo que la joven le confió, le hizo sorprenderse todavía más.

El caso había comenzado hacia una semana, la noche que había estado guardando en sus cajas los muñecos del Día de las Niñas, que había puesto para celebrar el tercer cumpleaños de Oharu¹. Junto a la almohada de Omichi apareció una mujer joven y pálida, con el cabello desordenado, empapada de la cabeza a los pies, como si hubiera estado metida en el agua. Arrodillada en el suelo, se inclinó en una reverencia formal posando sus manos sobre el tatami, en un modo de saludo habitual entre sirvientas de las residencias de samurais. No dijo absolutamente nada. No hizo ademán alguno, ni mostró gesto de amenaza, y aunque solo quedó ahí sentada quedamente en cuclillas, eso ya resultaba suficientemente pavoroso. Omichi permaneció echada temblando, aferrándose al borde de la sábana, hasta que despertó de aquella pesadilla.

1 En el Japón antiguo, un niño al nacer ya tenía un año (por el tiempo que había permanecido previamente en el vientre de su madre). Además, el primer día de Año Nuevo se le contaba un año más, independientemente de que fuera a cumplirlo en un mes o en otro. El Día de las Niñas (día tres del tercer mes) tenía un origen muy antiguo, pero en esta época se convirtió en una celebración característica de las familias de samurais de la ciudad de Edo.

Al mismo tiempo, Oharu dio la impresión de que estaba teniendo la misma aterradora visión, porque se despertó llorando mientras chillaba desesperadamente: “¡Fumi está aquí, Fumi está aquí!”¹, y continuó diciendo esto una y otra vez. Por lo tanto, esa mujer empapada se había aparecido también a la niña en sueños, y por eso pensó que su nombre debía ser “Fumi”.

Omichi permaneció despierta toda la noche con el corazón encogido, demasiado aterrada como para poder dormir. Como había sido educada en el seno de una familia samurai y, más aún, su esposo lo era, se sintió demasiado avergonzada como para contarle su sueño a nadie. Ocultó lo ocurrido a su esposo, pero aquella mujer pálida con las ropas mojadas apareció esa noche junto a su almohada, y a la siguiente y así sucesivamente. Cada vez, la niña gritaba despavorida: “¡Fumi está aquí!”. La medrosa Omichi ya no podía aguantar más, pero tampoco se sentía con fuerzas de confiarse a su esposo y contarle todo.

Esta situación continuó durante cuatro noches más, y Omichi se encontraba exhausta por la ansiedad y la falta de descanso. Finalmente, no pudiendo soportarlo más, dejó a un lado su vergüenza y sus reparos y se armó de valor comunicándoselo a su esposo, quien se rio sin más y no le prestó la menor atención.

Pero aquella mujer empapada volvió a aparecerse junto a la almohada de Omichi y, por más que ella se quejaba a su esposo, él no la hacía ningún caso, ignorándola. Por

1 El prefijo “O” corresponde al tratamiento; el nombre, a secas, era “Fumi”. En aquella época, solamente tenían derecho a apellido los nobles y los samurais.

último, se enfadó con ella mientras la reprendía: “Tu actitud no es propia de la esposa de un samurai”.

“Por más que vos seáis uno de ellos, ¿cómo podéis ignorar, sin tomar en serio, el padecimiento de vuestra esposa?”, pensó ella.

Omichi empezó a sentir rencor por la fría actitud de su cónyuge. Si seguía sufriendo de esa manera, estaba segura de que, tarde o temprano, aquel misterioso espíritu acabaría por poseerla y acabar con su vida. Tenía que escapar con su hijita cuanto antes de esta mansión embrujada, y no se concedió ni un momento siquiera para pensar ni en su marido ni en ella.

“Es por ese motivo que no puedo permanecer más tiempo en esa casa. Ruego lo comprendáis”.

Mientras refería su historia, Omichi se detenía de vez en cuando para tomar aliento, como si el mero hecho de contarle le hiciera estremecerse. El terror que se reflejaba en sus pupilas no daba la impresión de que fuera mentira y era tan intenso que a su hermano le dio qué pensar.

“¿Será posible eso?”.

Por más que lo considerase, concluía que no podía ser y comprendía que Obata no se lo hubiese tomado en serio. Matsumura se sentía tentado también de gritar con todas sus fuerzas: “¡No digas más tonterías!” , pero su hermana parecía tan horrorizada, que tampoco le parecía bien reñirla, ignorando su angustia. Y que, quizás, y tal como había apuntado ella, en este asunto había algo que se escapaba a la humana comprensión. De cualquier forma, decidió ir a visitar a su cuñado para cerciorarse.

“Tengo que conocer el asunto desde otro punto de vista que no sea el tuyo. Debo visitar a Obata y escuchar lo que tenga que decirme. Yo me ocuparé de esto”.

Dejando a su hermana en su casa, Matsumura se hizo acompañar de un sirviente y se dirigió a la barriada oeste del distrito Edogawa.

II

Mientras caminaba hacia la residencia de Obata, Matsumura iba cavilando un montón de cosas. Su hermana, al fin y al cabo, no era muy madura y, por lo general, nunca atendía a razones. Pero él, además de ser un hombre hecho y derecho, era un samurai, por lo que honestamente no podía ponerse de pronto frente a otro y, mirándole a la cara, hablarle con naturalidad sobre espíritus que se aparecían. Obata podría acabar pensando que, en su madurez, él, Matsumura Hikotarô, se había vuelto tonto de remate. Se estrujaba el cerebro intentando hallar la forma de enfocar el asunto, pero era algo tan embrollado que no conseguía dar con ella.

Cuando llegó a la mansión del distrito de Edogawa, su dueño Obata Iori estaba en casa por casualidad, y enseguida le hizo pasar y acomodarse. Una vez que se hubieron intercambiado los saludos de rigor e hicieron comentarios sobre el tiempo y otras menudencias, Matsumura se sintió muy apurado pensando cómo iba a plantear el tema; mirando la cara de su interlocutor y a pesar de que ya suponía que iba a reírse de él, se le hacía muy difícil iniciar un comentario sobre el fantasma. Fue precisamente Obata quien, de pronto, sacó la conversación:

“¿No ha visitado Omichi hoy vuestra casa?”.

“Sí...”, pero después decir esto, no le salían más palabras.